

Lectura del primer capítulo: LOS MUNDOS PERDIDOS DE ALISON BLIX

Una tórtola bajo la luna

Todo empezó una noche sin estrellas.

Los primeros días de agosto había hecho un calor insoportable hasta que, una tarde, el cielo se cubrió de una densa capa de nubes que presagiaba tormenta. Tal vez por la electricidad del ambiente, aquella noche Alison tuvo sueños especialmente vivos. De hecho, hasta el último momento creyó que estaba despierta.

En uno de ellos, oyó detenerse un coche bajo su ventana. Reconoció el motor del Range Rover con el que sus padres habían salido una mañana para no volver. Tenían una cita con un misterioso geógrafo que había hallado el rastro de Thule, un mundo que dejó de existir hace un millón de años. O algo así. Jamás regresaron.

El corazón le saltó de alegría dentro del pecho al escuchar sus voces alegres mientras abrían la puerta del coche. Bajó corriendo las escaleras. No quería saber dónde habían estado tanto tiempo, ni por qué no habían dado señales de vida. Sólo quería abrazarlos y saber que todo volvería a ser como antes.

Ya estaba a punto de lanzarse en sus brazos –se hallaban a pocos escalones de distancia– cuando un imponente trueno casi la hizo caer de la cama.

Todo había sido un sueño.

Alison rompió a llorar, no porque el trueno la hubiera asustado, sino porque creía haber recuperado a sus padres y volvía a estar sola. Mientras se secaba las lágrimas con la sábana, pensó que daría cualquier cosa por hacer aquel sueño realidad.

Se sentía desesperadamente triste sin ellos, viviendo en aquella mansión silenciosa con su abuelo. ¿Y qué pasaría cuando él no estuviera? Tenía casi noventa años. Entonces se quedaría completamente sola en el mundo.

Un arrullo suave y constante la sacó de sus pensamientos. Miró hacia el ventanal, de donde parecía proceder el ruido. Distinguió la sombra de un ave contra el claro de luna. Se había refugiado de la lluvia en el saliente la ventana.

Aunque no brillaba ninguna estrella, la luna llena y poderosa se filtraba entre las nubes propor-

cionando al pájaro un aura fantasmal. Alison saltó de la cama y se acercó sigilosamente para verlo mejor. Le pareció que era una tórtola de plumaje morado –tal vez por el resplandor lunar– con un doble collar.

Recordó que de muy pequeña había tenido en la terraza una jaula con tórtolas. Eran de color gris con un collar negro alrededor del cuello. Pero ésta tenía dos franjas claramente separadas entre sí.

Alison se detuvo a pocos centímetros del ave. No parecía tener miedo de ella, simplemente la miraba girando la cabeza para observarla mejor. Bajo el resplandor de la luna, la acarició delicadamente con el dedo índice y la tórtola respondió con un fuerte arrullo.

De repente recordó que en su escritorio había un paquete de galletas sin terminar. Tomó una y la aplastó hasta hacerla migas. Recogió en la mano el polvo de galletas y dejó el montoncito sobre el saliente de la ventana.

Pero la tórtola no parecía estar interesada en aquella cena tardía. Simplemente miraba a la chica con serena atención, como si esperara otra cosa de ella.

Alison se acostó de nuevo y escuchó las 20 canciones favoritas de su iPod –la primera era Transilvana de Mcfly– para intentar conciliar el sueño, pero no había manera. Se sentía inquieta y la mente se le iba en todas direcciones. Cansada de luchar contra el insomnio, abrió los ojos con melancolía.

La silueta del ave continuaba en la ventana.

Supuso que aquella visita nocturna sólo quería refugiarse de la lluvia. Probablemente la tempestad había sorprendido a la tórtola camino de su nido. A la mañana siguiente regresaría a su casa, tal vez en una finca de las afueras de la ciudad parecida a la suya.

Mientras pensaba en todo esto, finalmente se durmió.